



Portada de la segunda edición de la tragicomedia de Fernando de Rojas (Toledo, año 1500).

galerías comerciales, con exposición de desnudos, travestidos, adulterios secretos y otras mercaderías. Frente a eso, el auditorio del Centro de Cultura de la Villa de Madrid tendrá que alzar una respuesta viva y actual, que no está —aunque uno no tenga nada que objetar a su breve y periódica presencia— ni en el ballet ni en la zarzuela. ■ JOSE MONLEON.

## “La Celestina”, en francés

Fernando Cobos merece un gran respeto desde que, hace unos quince años, emprendió la inconfesable aventura de querer promocionar un teatro responsable, a precios y en horarios coherentes con la jornada y el salario medio de un obrero español. Era la época en que algunos pensábamos que era necesario responder a la situación organizando a los espectadores “inhabituales”, es decir, creando una demanda nueva —puesto que, ante los espectáculos tradicionales, surgía automáticamente—, que permitiera, a quienes eran poco menos que exiliados en el interior, cobrar el carácter de “grupo de presión” sobre los empresarios. El empeño —que tenía sus precedentes en otros países— no cuajó, o cuajó mal, porque la pequeña burguesía no tenía ningún interés en integrarse en tales asociaciones de espectadores, y, naturalmente, el conjunto de fuerzas dominantes —que disponía de un vasto aparato de control, desde la censura a la ideología empresarial— lo tenía todavía mucho menos en permitir que la oposición las empleara como un instrumento de aglutinación y de lucha.

Así que el esfuerzo se quedó en eso, en esfuerzo, y Fernando Cobos, cansado, se fue con sus energías a Francia, esperando que la realidad sociocultural del país vecino le compensara de la

tremenda desventaja de plantarse, con treinta años sobradamente cumplidos, sin ningún “nombre” detrás, en un ámbito cultural que no era el suyo.

Este es el Fernando Cobos que fundó en París el Théâtre du Hangar y que ahora ha presentado en el Alfil, por unos días, una versión de “La Celestina”. Decir que entre los montajes anteriores del grupo figuran piezas de Genet, Kleist, Strindberg, Brecht, Lorca, Adoun y Sartre, y que preparan el “Coriolano”, de Shakespeare, quizá ayude aún más a explicar la personalidad de Fernando Cobos y, en consecuencia, de quienes trabajan a su lado.

Si uno piensa en las obras montadas y en los términos materiales del grupo, forzosamente ha de concluir que nunca han tratado de repetir el tipo de puesta en escena, más o menos suntuaria, a que los textos, tomados al pie de la letra, conducían. La inserción socioeconómica del grupo en la realidad francesa determina, consecuentemente, una reelaboración de los textos dramáticos, encaminada, de un lado, a “hacerles posibles” dentro de sus medios materiales —y de los lugares en que trabajan— y, del otro, a rebustecer, a hacer más nítida, la línea vital y política por la que tales obras han sido elegidas.

Desde esta óptica podemos ya contemplar su versión de “La Celestina”, primer montaje del jovencísimo hijo de Fernando Cobos, a quien éste transmitió el menester —“Era lo justo, porque todas las buenas ideas se le ocurrían a él”, me dice el padre— tras una breve etapa de trabajo conjunto.

Ya se entiende que siendo el que es el lenguaje de “La Celestina”, habiendo penetrado en su incomparable gracia y espesura, o, desde otro ángulo, sentido y analizado cuanto hay en el drama de cruce de caminos históricos y de alumbramiento de ideas

y de goces, su traducción al francés, y aun la obligada e inmisericorde reducción de la acción y del texto, ha de producir una razonable resistencia. Sin embargo, si uno consigue —y en teatro debiera conseguirse siempre— recibir el espectáculo concreto que se nos propone, haciendo del previo conocimiento literario una referencia enriquecedora antes que una norma inflexible, creo que esta versión de “La Celestina” abunda en ricos y expresivos materiales escénicos. Empezando por una escenografía que, en lugar de limitarse a ilustrar las situaciones, se esfuerza en crear una línea dinámica, derivada del comportamiento dramático de los personajes. También la actuación —con especialísima mención de Paloma Cobos, una Elicia perfecta dentro de la línea estilística del montaje— posee una intensidad, una frescura, una ausencia de latiguillos y de resabios que uno siempre agradece. Y eso que el dar a Fernando Cobos el papel de La Celestina —como a Ismael Merlo le dio Facio el de la Bernarda Alba— se prestaba a peligrosos arabescos, esquivados por el actor con una composición clara y asexuada, de la que el “acento español” es un trazo curioso y eficaz.

En el orden del texto, la versión —lógicamente, muy reducida— ofrece un significativo corte. Muertos Celestina, Sempronio y Pármene —fue muy justamente aplaudida por su expresividad escenográfica la escena en que ambos arriados son aprehendidos y ahorcados—, Calixto se adelanta al público y expone sus conclusiones; luego, los actores bajan al patio de butacas y tienden sobre el público una especie de red, que, automáticamente, “amplia”, a partir del juego escenográfico, el espacio físico y social de la representación.

Cabría, sin duda, señalar ciertas ingenuidades —como el uso, aun discreto, del flamenco en los oscuros, entrocando como está aquel en un ámbito que no es el de “La Celestina”, por más que siempre quepan las relaciones ideológicas—, o cuestionar, como decíamos al principio, la esquematización a que ha sido sometido el texto de Rojas. Pero, aun así, hay que subrayar que el trabajo es imaginativo y, generalmente, rico, además de suponer un acercamiento irreverente y creador, que aquí, tan reverentes y rutinarios, rarísima vez nos permitimos con un clásico. ¿Qué pensar ante el hecho de que sea un grupo francés, bien formado y vertebrado por un español, el que se plantee en torno a “La Ce-

lestina” un trabajo de recreación escénica que aquí resulta casi inimaginable? ■ J. M.

## ARTE

### La segunda tentativa de un museo para Chile

Acabo de regresar a Madrid, procedente de mis vacaciones campesinas en mis ya consuetudinarias tierras burgalesas con vacas, con robles y con iglesias románicas. Y ya sabéis lo que es



Salvador Allende.

Madrid en estos días: “Cerrado hasta septiembre”... ¡Qué fastidio! Deberían dejar algunas galerías abiertas, como las boticas de guardia. Tratando de hablar con alguien, he llamado a Gualdimar y he podido hablar con José Miguel Ullán... “No sé —me ha dicho—, porque ahora mismo se está preparando la exposición del Museo de Allende... Ya sabes, la de los chilenos”. “Ah, pues mira, eso, aunque no sea más que un proyecto, justifica una crónica previa. Gracias, así lo haré...”, le he dicho.

Efectivamente, dentro de unos días, según noticias que no puedo precisar más, una serie de galerías de Madrid —comprendidas todas en el cruce neurálgico entre las calles Villanueva y Jor-